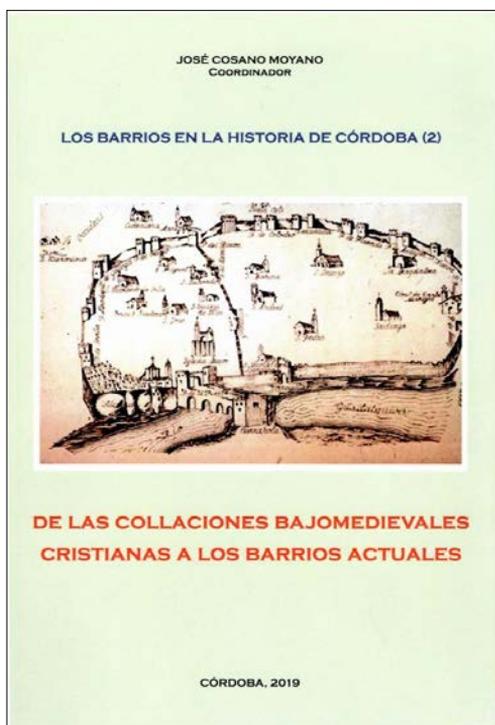


COSANO MOYANO, J. (COORD): *LOS BARRIOS DE CÓRDOBA EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD (2). DE LAS COLLACIONES BAJOMEDIEVALES CRISTIANAS A LOS BARRIOS ACTUALES*. COL. «T. RAMÍREZ DE ARELLANO», VOL. VIII. CÓRDOBA, REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, 2019, 408 PÁGS.

Marion Reder Gadow

Catedrática de Historia Moderna. Universidad de Málaga

Promovido por la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes de Córdoba y auspiciado por la Fundación Cajasur, tiene el lector en sus manos un interesante, curioso y atractivo estudio cronológico de la evolución de los barrios cordobeses. Es el segundo volumen de la serie *Los barrios de Córdoba en la Historia de la ciudad*, dedicado en esta ocasión a las collaciones bajomedievales cristianas y a su lenta modernización y transformación en los barrios actuales. Coordina este tomo el director de la Academia cordobesa, don José Cosano Moyano, y en él los autores aportan, desde un punto de vista pluridisciplinar, sus profundos conocimientos en cada uno de los apartados, y dan a conocer, de una forma erudita y amena, la incidencia y evolución cronológica de las collaciones en el discurso histórico de la ciudad de Córdoba. Una visión de conjunto que revela



aspectos curiosos, sugestivos e inéditos del pasado de la urbe cordobesa a través de sus barrios. Acompañan a los textos diversos planos topográficos de la ciudad que muestran la configuración de la urbe desde la época almohade, con la ubicación de las collaciones hasta la actualidad, así como sus cambios urbanísticos propiciados por la demolición del recinto amurallado. Los autores aportan un elenco de ilustraciones procedentes de pinturas, grabados y fotografías, e incluso documentos, que posibilitan al lector visualizar su lectura. Una amplia bibliografía permite al interesado ampliar sus conocimientos sobre determinados aspectos.

El texto introductorio corresponde a Escobar Camacho que nos da a conocer las vicisitudes que tienen lugar tras la conquista de la ciudad por Fernando III, en 1236, y el reto que se le plantea a los pobladores cristianos para transformar una urbe para su uso y modo de vida, tras cinco siglos de dominio sarraceno. Necesariamente se acometen una serie de modificaciones urbanísticas como la apertura de vías que facilitan la comunicación intra urbana, se edifican construcciones civiles y eclesíásticas, se mejora la infraestructura de la urbe con la pavimentación de las calles, el abastecimiento de agua, el alcantarillado para las aguas residuales, junto con la limpieza de las vías urbanas. En estos primeros años la collación cristiana, cimentada en torno a la iglesia parroquial, servirá de base para la organización del concejo de la ciudad y constituye el punto de arranque de los barrios actuales en los que, actualmente, las huellas del pasado musulmán apenas se perciben.

En el siguiente apartado, los autores Cano García y de Bernardo Ares analizan en profundidad la relación del Municipio con los barrios cordobeses en los Tiempos Modernos, por medio de la figura del jurado. Como representantes de los vecinos de cada una de las 15 collaciones en las que se fracciona la ciudad, los jurados acuden a los cabildos municipales para vigilar el estricto cumplimiento de las normas plasmadas en las Ordenanzas municipales. Los jurados tienen voz en los plenos municipales pero no voto. Al decir de los autores: «el jurado era la conciencia de la ciudad». Además los jurados tienen la obligación de denunciar ante el corregidor y alcaldes mayores la presencia de ladrones y malhechores en su distrito, así como a los feligreses que no se atienen a las normas morales. El Municipio tiene el deber de facilitar el bienestar a los vecinos y atender sus demandas básicas; pero además debe garantizar el abastecimiento de alimentos de primera necesidad, socorrer a los marginados y vigilar la propagación de epidemias.

Curioso, interesante y ameno es el estudio de Córdoba de la Llave sobre la influencia mutua del río y la ciudad de Córdoba y sus barrios. Una simbiosis que desde tiempos pretéritos se continúa manteniendo actual-

mente. El autor recuerda un estudio previo que realizó sobre esta relación del río con Córdoba en el siglo XV y que amplía dando a conocer los recursos naturales de explotación del Guadalquivir. Los cordobeses se han beneficiado del río desde tiempo inmemorial con la pesca fluvial. Además, en sus regatos abreven los animales que pueblan sus márgenes, por lo que la caza se convierte en otro recurso que acaba en la despensa de la población. Un segundo uso del río es el industrial con el aprovechamiento de la energía hidráulica para mover molinos de harina, pero también batanes de paño. Otras industrias precisan el líquido elemento para la evacuación de sus residuos, como el lavado de la lana, los tintes y los alfares. El tercer uso es el del tráfico comercial que se realiza al aprovechar la corriente fluvial desde Andújar hasta Sevilla. A estas actividades hay que añadir otras que pertenecían a la vida cotidiana cordobesa, como la presencia de lavanderas con sus canastas de ropa en los recovecos del río, o las de carácter lúdico como son los baños en la llamada «playa de Córdoba». El río y su imbricación con la ciudad y collaciones cordobesas, constituye un elemento indispensable para el desarrollo urbano, para la diversión así como para la reserva de la naturaleza.

La cuarta propuesta la dedica Gómez Navarro a los lugares sacros y a los profanos cordobeses. Espacios sagrados como la catedral, las parroquias, conventos, ermitas y capillas, y los mundanos dedicados a la sociabilidad, a la diversión y al divertimento de los vecinos. Incide en la peregrinación evangélica que predicó el cardenal Salazar en Salamanca, pero que bien podía tener los barrios cordobeses por escenario. En torno a las parroquias se celebran los actos de culto a las devociones más relevantes. En la festividad del Corpus Christi intervienen los representantes de las collaciones al integrar la comitiva que acompaña a la Custodia. En estos espacios sacros también se celebran acontecimientos que alteran el quehacer cotidiano de sus vecinos, como las beatificaciones o canonizaciones, natalicios, matrimonio y defunciones reales, o procesiones de rogativas implorando la lluvia. Junto a estos encontramos espacios de sociabilidad en los que se celebran fiestas profanas como el carnaval, los toros, los bailes y el teatro. Concluye este estudio con una serie de sucesos anecdóticos recogidos en la obra de Ramírez de Arellano, leyendas que, según la tradición, sucedieron en las collaciones cordobesas en épocas pasadas.

Minuciosamente Aranda Doncel nos da a conocer la médula de los barrios cordobeses, el número de vecinos que los habitan, su situación socioeconómica, su actividad laboral, sus devociones, su forma de vida y diversión en los siglos XVI, XVII y XVIII. Basándose en los padrones de confesión y de cumplimiento pascual, Aranda destaca que la parroquia de San Pedro es la más poblada, en concreto 1.923 vecinos, mientras que la

de El Salvador cuenta con tan solo 184. Estas diferencias también se aprecian en los rasgos sociológicos de sus feligreses y en su distribución en los barrios. Los nobles se agrupan en torno a las parroquias de San Juan, Santo Domingo y San Andrés; mientras que los mercaderes prefieren los templos de San Pedro, Santa María o San Nicolás de la Ajerquía. Los labradores y hortelanos se congregan en los distritos limítrofes a las murallas y los jornaleros en el Campo de la Verdad. En el siglo XVI se constata un notable aumento demográfico, debido no solo a un crecimiento vegetativo sino también a la inmigración de gallegos, asturianos y de las montañas de León, y a la afluencia de extranjeros. En las centurias siguientes diversas circunstancias epidemiológicas contribuyen a un descenso de la población que se irá recuperando en las últimas décadas de la centuria del XVIII. En estas circunstancias favorables para los barrios, el Concejo lleva a cabo una serie de reformas urbanas, como el ensanche de las calles para el paso de carruajes, y de obras de embellecimiento en edificios civiles y eclesiásticos. En las collaciones se fabrican paños y tejidos suntuosos, cordobanes y guadamecés de prestigio nacional, labores de platería y fabricación de agujas que van disminuyendo con el proceso de ruralización en la primera mitad del siglo XVII. En cuanto a la religiosidad popular de los habitantes de los barrios, se observa una pujante actividad del movimiento cofrade y una intensa participación de los feligreses en las procesiones de Semana Santa y del Corpus Christi. En las centurias del XVI y XVII surgen 18 cofradías nuevas lo que constata el interés de la población por contemplar los cortejos procesionales. Entusiasmo que se verá cercenado por los planteamientos ilustrados a ciertas manifestaciones de religiosidad popular que provocaran la desaparición de las procesiones hasta mediados del siglo XIX. No obstante, las cofradías mantienen su labor asistencial primitiva al socorrer a los pobres y enfermos. Finaliza este estudio con las fiestas, espectáculos y diversiones a las que acuden los vecinos de las collaciones para interrumpir la monotonía del quehacer diario.

La parroquia, la institución religiosa más relevante, es la seña de identidad de las collaciones, la que da nombre a las citadas circunscripciones. Ventura Gracia lleva a cabo una breve aproximación a los orígenes y transformaciones de las parroquias cordobesas, desde la época medieval y durante los siglos XVI, XVII y XVIII. La parroquia regulaba la conducta personal de la feligresía a la que permanece vinculada durante toda su vida, desde su nacimiento hasta su defunción. A cambio los feligreses contribuían al sostenimiento de la parroquia mediante el pago del diezmo y las primicias, así como de diversos tipos de dádivas. Para el buen funcionamiento de la vida parroquial es preciso contar con un personal eclesiástico adecuado. Destacan, en primer lugar, el vicario y el párroco con unas

competencias específicas que deben cumplir. El mayordomo de la fábrica ejerce de gestor económico y administrativo de los bienes parroquiales, mientras que del cumplimiento de las cargas espirituales contenidas en testamentos, capellanías, fiestas, aniversarios y limosnas de misa se encarga el colector; además existían otros cargos secundarios. Interesante es la digresión que realiza Ventura sobre los usos y costumbres de los enterramientos y sobre las sepulturas en el interior de las iglesias parroquiales. Concluye este estudio con el análisis pormenorizado de dos parroquias localizadas en ámbitos muy concretos: la de los santos Nicolás y Eulogio de la Ajerquía y la de San Nicolás de la Villa. La primera, edificada sobre una mezquita, fue objeto de numerosas reformas. Su cercanía al río aconsejó a las autoridades su traslado a la iglesia del convento franciscano de San Pedro el Real, en la misma collación. En el barrio de San Nicolás de la Villa se ubica la parroquia más antigua. Llama la atención la esbelta torre que fue motivo de conflicto entre el Alcaide de los Donceles y el prelado Iñigo Manrique, cuyo escudo figura en el cubo. Por último, lleva a cabo una detallada relación espiritual y de sociabilidad entre las parroquias y los barrios.

Naranjo Ramírez da un salto en el tiempo y nos ofrece una panorámica de la transformación que tiene lugar en el espacio urbano en el siglo XIX, evolución que continúa hasta las primeras décadas del siglo XX. En este periodo se sustituye el término de collaciones, como elemento organizativo básico, por el de barrios. Señala que el motor de este proceso de cambio se debe al ideario liberal que propugna una transformación social, económica y política bajo el pretexto de favorecer la salubridad pública. La llegada del ferrocarril a Córdoba es decisiva para la transformación de la zona noroccidental. En 1859 se inaugura la línea férrea Córdoba-Sevilla y este espacio se convierte en un lugar de recreo vecinal entorno a la estación. En el último tercio del siglo XIX culmina el derribo de la muralla lo que permite una mayor permeabilidad entre el casco urbano y la zona extramuros de la ciudad, con los llamados arrecifes de ronda. A impulso del Ayuntamiento surge en la zona meridional el paseo de la Ribera. Para contener posibles inundaciones del río se proyecta un malecón en el margen derecho del río que a su vez servía de soporte físico de la carretera Madrid-Cádiz. En la Villa el primitivo paseo de San Martín, en torno a la parroquia de San Nicolás, se convierte en el paseo del Gran Capitán. En el comienzo del siglo XX prosigue la evolución de las rondas, surge el Ensanche, el Campo de la Merced y el barrio del Matadero. En la ciudad se configura la plaza de las Dueñas y la de las Tendillas como espacios de sociabilidad. Este proceso transformador del siglo XIX y principios del

XX ofrece una ciudad distinta y diferente en lo social, ideológico y económico.

García Parody nos introduce en la intrahistoria de los barrios cordobeses en los siglos XIX y XX, en su forma de vida, sus ciclos festivos, espectáculos y acontecimientos locales notorios. Un importante hito fue la aprobación del primer Plan General de Ordenación Urbana, a impulso de Antonio Cruz Conde, que estableció la configuración de tres centros urbanos, la creación de un cinturón verde por las antiguas rondas y reformas interiores para resolver los problemas del tráfico. Destaca que excepto la guerra de la Independencia, la presencia de los carlistas, la batalla de Alcolea, las repercusiones del desastre de 1898 y la guerra civil, los demás acontecimientos nacionales apenas se hicieron sentir en Córdoba. Señala que lo mismo se puede decir de aquellos sucesos que traspasan nuestras fronteras, como el final de la Primera Guerra Mundial, la presencia de la España franquista en la Segunda y la repercusión del Concilio Vaticano II. Por lo que respecta al ciclo festivo da a conocer los principales acontecimientos festivos a lo largo del año. En primer lugar, el carnaval en el que desde 1822 salía la gente a la calle disfrazada. Este se prohibió en 1937 si bien con la llegada de la democracia se recupera. Otra festividad muy participativa es la Semana Santa. En 1821 el obispo Trevilla suprime las procesiones que no vuelven a recorrer las calles hasta el año 1936 en que se recuperan los desfiles procesionales. En el mes de mayo son numerosos los acontecimientos festivos en los barrios cordobeses: la Cruz de Mayo, los patios de Córdoba y la feria en el Arenal. Otros festejos eran las corridas de toros. Finaliza su recorrido por los barrios cordobeses con la opinión de los viajeros extranjeros sobre los cordobeses y su forma de vida.

Un epílogo suculento, a cargo de Salcedo Morilla, dedicado a la aportación cristiana a la cocina de Córdoba, compone el último apartado de este volumen. Señala el aporte de alimentos de las diferentes civilizaciones que habitaron Andalucía, deteniéndose en la contribución cristiana. Aclara que en Córdoba se aprecian «varias cocinas» debido a ese aporte multicultural y mestizo que se aprecia en la manera especial de los guisos. En sus líneas va desgranando un amplísimo abanico de materias primas procedente de la sierra, de la campiña o de las huertas de la periferia con los que se elaboran los riquísimos platos de la gastronomía cordobesa. Culminan estas viandas con suculentos dulces: pestiños, roscos, sopaipas, sequillo y un largo etc.

Animo al lector interesado en conocer a fondo los barrios cordobeses que profundice en la lectura de este interesante volumen para comprobar la evolución de las collaciones bajomedievales cristianas a los barrios actuales.